

**Hermes Tovar Pinzón, *La batalla de los sentidos. Infidelidad, adulterio y concubinato a fines de la colonia*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 2004, 221 p. (Ilustraciones de Gustave Doré).**

*Aunque su corazón fuera de bronce  
se le bolbería de mantequilla.*

Desde la portada el libro sorprende, cautiva y emociona. Una edición de lujo, pasta dura y bellas ilustraciones de Gustave Doré, ambientan la investigación que el profesor Hermes Tovar Pinzón venía realizando durante varios años. *La batalla de los sentidos* es un libro profundo, agradable y muy bien escrito. El amor y los sentidos son los invitados principales de la función. Historiar los sentidos que median entre los cuerpos amados es el objetivo principal del autor, ya que la pasión frente al otro y el enamoramiento no tienen un sentido único, fisiológico, sino también los condicionamientos del tiempo y el espacio, ya que los sentidos actúan estratégicamente entre lo biológico y lo cultural, y no sólo son instrumentos de pasiones sino fundamentos del aprendizaje y la memoria.

La propuesta de la sociedad colonial era la muerte de los sentidos, el dogma los vigilaba y domesticaba hasta reducirlos al ámbito de lo estrictamente privado, sin embargo, hombres y mujeres infringieron estos códigos sobre la moral, porque lo que se erige como dogma es resistido. La infidelidad, el adulterio y el concubinato fueron las “contra-instituciones” que evidenciaron la resistencia ante la muerte de los sentidos; así, ante la inevitabilidad del matrimonio, ellas crearon una contra-moral reproducida en el seno mismo de la moral cristiana, decodificando el sacramento matrimonial que regulaba el amor como simple reproducción, y luchando por un derecho al erotismo que huía de la violencia, el fastidio y el lugar común. Aunque la vida sexual fue encubierta por una serie de normas que

marginaban cualquier pretensión experimental de los sentidos, la sociedad codificó conductas que desafiaban los imaginarios de una vida afectiva ajena al erotismo.

Según Hermes Tovar, la sociedad colonial creó contraconceptos e imaginarios del amor para mantener el principio y el derecho a la libertad, a la creación y a la paz interior. Para argumentar la insubordinación de la sociedad colonial ante la muerte de los sentidos, dividió el libro en dos partes. En la primera parte se ocupa de mostrar cómo la corona española se preocupó por introducir su orden y control en la vida de la sociedad colonial en detrimento del mundo prehispánico, siendo mucho más riguroso cuando se trataba de la vida afectiva, con este orden los sentidos estaban vedados y el cuerpo se cubrió de “artificios, lenguajes y conductas que lo aislaban de toda pasión”. Sin embargo, el colonialismo no triunfó plenamente con la privatización de los sexos ni con el castigo a las prácticas abiertas que colocaban la vida íntima al margen de la ley, porque la sociedad creó sus espacios de realización personal y desinhibió la vida afectiva. En medio de esta *batalla*, las mujeres no figuraron como las víctimas, porque en el mundo colonial ellas resolvieron sus desavenencias y devastaciones afectivas con recursos similares a los empleados por los hombres, ya que el matrimonio no era necesariamente una cárcel sino

un refugio del cual era posible huir de diferentes maneras, y las mujeres fueron capaces de construir otras alternativas a pesar de los riesgos y peligros de hombres y tribunales enfurecidos ante el escándalo y la burla personal y social. El amor y la unión de parejas ilícitas no nacían de la plena voluntad masculina, lo que negaría o dejaría de lado los sentimientos afectivos de las mujeres, porque ellas también crearon las condiciones para establecer una vida sexual dentro o fuera del hogar.

El concubinato, la infidelidad y el adulterio fueron ventanas de una cultura erótica, tanto de hombres como de mujeres, porque era evidente la “existencia de un desbordado mundo de fornicación”. La vida sexual también se apoderaba de curas y monjas que gozaban de los placeres de la pasión, haciendo casi imposible conciliar su erotismo con la ética que forzaba al celibato en contra de la naturaleza humana. En la sociedad colonial, la violencia y el crimen fueron recursos utilizados por muchos para resolver el nudo indisoluble del matrimonio y la monogamia defendidos por el cristianismo, por lo tanto, no era exagerado saber que se mataba por amor y por ganar un espacio de libertad, pues la infidelidad era una opción y el crimen otra.

El chisme y el rumor ayudaron a configurar fantasías y realidades de un mundo que desbordaba los espacios reservados del matrimonio,

ya que el adulterio y el concubinato no eran aventuras intrascendentes, eran pasiones heroicamente costosas sobre todo si los amantes eran descubiertos y procesados, teniendo en cuenta que la justicia colonial local estaba mediada por el poder de sus habitantes.

Según Hermes Tovar, la institucionalidad del matrimonio al reducir el erotismo a la reproducción, mató la pasión y los sentidos que, al desafiar el dogma, consiguieron una mayor libertad en la creación y forja del deseo como patrimonio espiritual y personal más que como instancia religiosa e institucional, por esto la infidelidad contribuyó a la destrucción del sistema colonial que regulaba la vida, el cuerpo y sus deseos. El afán liberador de los sentidos trajo una lluvia de niños ilegítimos y expósitos, y fortaleció una sociedad más expuesta a la pobreza y al abandono, como efecto de la intolerancia de la Iglesia a legitimar uniones de hecho, y del Estado, a reconocer los hijos del amor furtivo. Una gran población flotante y marginada, moral y políticamente, materializaba ese intenso proceso de cambio material que, como testimonio de la desnudez del deseo, desafiaba con niños la doctrina de la reproducción sólo bajo el matrimonio católico.

En la segunda parte del libro, Hermes Tovar Pinzón realiza un acercamiento a los escenarios don-

de se confrontaba esta revolución de los sentidos, la fiesta y la guerra: las fiestas contra el dogma, las disputas afectivas de un soldado de la "guerra civil" con su mujer y las razones de Manuela Sáenz de luchar "no sólo por su propia libertad afectiva sino por la de América, como si una y otra fueran una misma cosa".

Inicialmente el autor analiza la forma como se utilizaron las estructuras religiosas católicas para mantener la reproducción del mundo indígena ya que, desde el siglo XVI los naturales utilizaron gestos y máscaras para defender el pasado que se disolvía en medio de la prédica, la tortura y el teatro que escenificaban acontecimientos de la vida religiosa de los católicos. La fiesta puso en marcha la solidaridad y el poder de los sentidos, el licor liberaba los silencios y la danza recubría las imágenes de sus pasiones que volvían a vivir en un mundo embriagado de deseos. La diversión y la fiesta se convertían en máscaras para ocultar verdades profundas del mundo de las creencias prehispánicas, "apropiarse de la memoria es el primer esfuerzo de liberación por parte de los colonizados", pues el ritual y la fiesta fueron el espacio para preservar la memoria y los retazos vivos de su pasado.

Con el tiempo la sociedad alcanzaba mayores niveles de mestizajes y estos rituales de danza y licor se ampliaron hasta convertirse en un

drama social que la Iglesia Católica no dudó en censurar, pues su empresa "civilizadora" se perdía en el "comercio de la carne". Los indígenas derrotados en su fe por la prédica y la vigilia le abrieron paso a la nueva sociedad de mestizos que arremeterá contra el dogma católico acercando los cuerpos al despertar de los sentidos. La doctrina, el catecismo y el confesionario que regularon desde el siglo XVI el modo de amar, se diluyeron a lo largo del siglo XVIII con el incremento de la población libre y el relajamiento de las costumbres. La fiesta contuvo los principios del amor profano: buscaba las sombras, el aislamiento, la intimidad, el goce y el tacto, pues las fiestas coloniales no fueron sólo espacios para la fe, el regocijo y el reconocimiento de un orden establecido.

Después de la fiesta de los indígenas en la que se construían rituales alternos, la fiesta de los mestizos se encargó de construir los espacios para unir los cuerpos, los ojos y la pasión. En esta medida, la Iglesia se empeñó en elaborar e imponer nuevos calendarios y sentidos de la vida que impidieran que mulatos y mestizos encontraran momentos y espacios para el desarrollo de la pasión mediante la práctica de los sentidos, por ejemplo, en el siglo XVII durante 172 días no se laboraba, es decir, un 47% del tiempo estaba dedicado al servicio de Dios y sólo un 53% del tiempo anual era para labores productivas, "con tantas

horas libres era de esperar que las comunidades ingeniaran formas de diversión al margen del tiempo que el Señor les pedía", pues la fiesta tenía dos momentos, el que controlaba la Iglesia con sus misas, procesiones y rituales, y el que usaban hombres y mujeres, en sus mercados, chicherías, casas y plazuelas: la sociedad mestiza aprovechó el calendario católico para hacer de la ciudad el lugar de creación de una cultura marginal.

Según el autor en el siglo XVIII lo que se ponía de manifiesto era un problema erótico que la Iglesia había enmascarado en la semántica de la moral, pues hombres y mujeres hacían de las fiestas espacios para la comunicación de sus deseos y la exhibición de su lascivia, era la crisis de la moral para la Iglesia y el goce para una sociedad cansada de sentirse reprimida interior y exteriormente. En síntesis, más que una estructura formal de conciliación, la fiesta terminó siendo un universo de confrontación de ideologías en donde el rito, las creencias y el amor libre se desbordaron sobre los cuerpos embriagados de fe y de deseos.

La guerra fue otro escenario que permitió la aventura de los sentidos. La guerra de Independencia de las colonias americanas introdujeron cambios en la disciplina social, en las estructuras de poder, en la construcción de imaginarios y, de hecho, en los sistemas legales que regían el

ordenamiento jurídico de los colonizados, incluso los instrumentos de control social de la vida afectiva también se resquebrajaron. La Independencia no sólo introdujo una nueva jurisprudencia y un trato diferente a los casos de concubinato, adulterio e infidelidad, sino que presenció la ruptura de relaciones familiares al enviar los esposos a los frentes de guerra. Todo aquello que la Iglesia combatía en la colonia como que hombres y mujeres entraran en contacto, se derrumbó como presunción de delitos sexuales. Por ejemplo, en estos delitos los procuradores y defensores comenzaron a evocar una nueva moral del liberalismo, hubo entonces una preocupación por la “sensibilidad” del delincuente.

En un detenido análisis sobre las cartas, el amor, la distancia y la incertidumbre, el autor muestra por medio del soldado José Manuel Cárdenas, cómo las guerras se convertían en escenarios donde la “fortaleza masculina” flotaba en medio de las debilidades que generaban las glorias pasajeras e inconclusas, germinando la angustia propia del silencio y desvaneciéndose el consuelo en la comunicación íntima de la familia para hacer más llevadera la soledad y la guerra.

Finalmente, basado en el caso de Manuela Sáenz, Hermes Tovar discute la dimensión del conflicto en la vida cotidiana de quien esperaba más acá de las trincheras, porque en

la Independencia la vida cotidiana no permaneció ajena a violaciones, vejaciones, secuestros, seducciones y aventuras amorosas de todo género. Por ejemplo, Manuela Sáenz “fundó en la nueva república el capricho de amar con libertad a su hombre en medio de una sociedad de amores furtivos e ilustres cornudos”. En contra de la historiografía tradicional colombiana, el autor intenta mostrar cómo la participación de las mujeres en la Independencia de Colombia no sólo se puede analizar siguiendo los patrones básicos de la historia política, pues no se pueden valorar únicamente las circunstancias políticas que agitan la coyuntura “mientras que los afectos y los sentimientos, nacidos en medio del conflicto, se esfuman en lo incierto”.

Según el autor, Manuela Sáenz pudo sintetizar pasión y libertad, porque tenía plena conciencia de “que la liberación del cuerpo era un espacio para escenificar revolución y amor”, pues ella no hizo caso de los prejuicios sociales ni de “las cantaletas del honor” para abandonar a su marido y tener una relación informal con Simón Bolívar.

*La batalla de los sentidos* es una agradable innovación historiográfica en América Latina, su fluida narrativa invita al lector a sentir y vivir las travesías del amor que hombres y mujeres “comunes” hicieron en el periodo colonial, pues en América

los reyes, barones y princesas de la fornicación son indios, negros, mulatos, curas, criollos y chapetones, haciendo todos del amor una tragedia y de los sentidos unos instrumentos de liberación.

La obra de Hermes Tovar Pinzón contribuye y encabeza una renovación historiográfica en América Latina, que reevalúa la posición del amor en los procesos civilizatorios de las sociedades y convoca a hacer del amor un ejercicio libre de la pasión y los sentidos. A partir de un fructífero “diálogo e interacción” con las fuentes, especialmente con juicios criminales, muestra cómo por medio de la infidelidad, el adulterio y el concubinato, la sociedad colonial se resistió contra el dogma que la conquista y la colonización quisieron imponer. Ya que la infidelidad y otras formas condenadas por la Iglesia y las costumbres han sido estudiadas desde la perspectiva del matrimo-

nio y la moral, desde el derecho al divorcio y la separación, desde los malos tratos, “pero no desde la descodificación del sacramento que regulaba el amor como simple reproducción”. El adulterio se ha estudiado más como castigo a una supuesta “sociedad de machos” y no como “el derecho al erotismo que huía de la violencia, el fastidio y el lugar común”. El autor no pretende desentrañar un caso notable ni el cuerpo del sistema judicial de la época, ya que basado en un buen acervo documental y un contexto latinoamericano, evidencia por medio de estos delitos que el cuerpo se convirtió en residencia de conflictos sociales, religiosos e ideológicos, pues con él se desafiaba el dogma.

#### **Diego Andrés Ramírez Giraldo**

Historiador de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín.